

Córdoba, Marcelo

La cirugía estética como práctica sociocultural distintiva: Un lacerante encuentro entre corporeidad e imaginario social

V Jornadas de Sociología de la UNLP

10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Cita sugerida:

*Córdoba, M. (2008). La cirugía estética como práctica sociocultural distintiva: Un lacerante encuentro entre corporeidad e imaginario social. V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5961/ev.5961.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Marcelo Córdoba

Centro de Estudios Avanzados, UNC

superlego04@gmail.com

La cirugía estética como práctica sociocultural distintiva: un lacerante encuentro entre corporeidad e imaginario social.

Abstract

La noción de “habitus”—“historia hecha cuerpo” (Bourdieu)—converge hoy con la de un paradigma tecnocientífico “fáustico” (Sibilia), cuya aspiración sería la maleabilidad ilimitada de la Naturaleza. A este paradigma no son ajenos ciertos avances en la ciencia y la tecnología médicas. Bajo la “mirada clínica objetivante”, el cuerpo tiende a verse como un “borrador a rectificar” (Le Breton). Esta mirada nos interpelaría con fuerza creciente desde la “pantalla total” (Baudrillard) de la “cultura de consumo” (Featherstone). No comprenderemos profundamente el auge y la normalización de las cirugías estéticas, sin atender al encuentro entre el dispositivo médico y el mediático, de cuya interrelación dialéctica se constituiría un imaginario con efectos de “violencia simbólica”—literalmente—*encarnizados*. Considerando sus precios, las cirugías estéticas se nos sugieren como un consumo “distintivo”, pero también, dado el riesgo y el dolor que implican, como un “trabajo corporal” (Wäcquant)—una acumulación de “capital físico” (Shilling) cuyas estrategias de reconversión aún están por ser estudiadas. Y esto resulta relevante en un estadio del capitalismo caracterizado por la “instrumentalización de aquello que nos hace humanos” (Boltanski): las emociones—la “bisagra” (Elias) entre lo social y lo biológico, donde se concreta la corporeidad en cuanto modo de “ser-en-el-mundo” (Merleau-Ponty).

Introducción: más allá del “texto”, la “corporeidad”

La cultura de la imagen puede entenderse como un contexto social en el que la cultura mediática y la cultura de consumo ya no constituyen categorías separables. Esta configuración ha sido identificada con una tendencia a la “acumulación reflexiva” en el capitalismo contemporáneo. Esto hace referencia al proceso de indistinción de las esferas económica y cultural, por el cual las mercancías se valorizan semióticamente, y

los signos mediáticos, por su parte, se convierten en mercancías (Jansson 2002). Este es un diagnóstico, por lo demás, compartido por varios críticos culturales contemporáneos. Baudrillard (2002) caracteriza a la sociedad de consumo como sometida a un incontenible implosión del sentido, producida por una mediatización totalizadora, ante lo cual “nuestro propio cuerpo y todo el universo circundante se convierten en una pantalla de control” (p.188). En un tono semejante, Jameson (1995) entiende el posmodernismo como la “lógica cultural” de un estadio de desarrollo de las fuerzas productivas que marca la “apoteosis del capitalismo”. Así las cosas, un contexto signado por la colonización de los últimos enclaves precapitalistas (Tercer Mundo y el Inconsciente), también se presenta como la época de la maleabilidad absoluta del cuerpo y de la manipulabilidad ilimitada del deseo.

La propia posición de enunciación de estos diagnósticos críticos, con todo, los lleva a deslizarse indefectiblemente hacia una visión que puede calificarse de “determinismo posmoderno” (Jansson 2002). Esta visión podría resumirse como aquella que pretende deducir—y luego juzgar—las características de las prácticas socioculturales a partir de un análisis confinado a las propiedades textuales del imaginario mediático. Con respecto, específicamente, al cuerpo y sus prácticas, el antropólogo T. Csordas (1994) se refiere al “paradigma del texto” del postestructuralismo, en cuyo marco el cuerpo es concebido como una entidad producida discursivamente, y pasivamente sometida a los efectos del poder del discurso.

Como ha propuesto C. Shilling (1991), la teoría del “habitus” de Bourdieu (complementada por una atención más específica a las relaciones de género) representa una base firme para desarrollar una sociología del cuerpo atenta a las desigualdades sociales. Asimismo, para evitar los “sesgos iterativistas” en la interpretación de la noción de habitus (Narvaez 2006), hemos de contemplar al cuerpo no sólo como objeto pasivo sino también como un agente activo en la acción social. Un punto de partida promisorio en este sentido es el estudio de las *emociones*, modos corporales de “ser-en-el-mundo” (Merleau-Ponty), espacio y agentes de la intersección continua entre lo social y lo biológico. “La idea de que el cuerpo es activo en la constitución de su mundo social—enfatan Lyon y Barbalet (1994)—adquiere fuerza y sentido a través de la idea de que los cuerpos activos también son cuerpos emocionales; que la emoción está corporizada” (p. 57). Y un estudio en esta dirección resulta tanto más relevante en una formación social en la que tanto el sistema productivo, cuanto la reproducción del

consumo, se basan en una explotación de las facultades emocionales y comunicativas de los individuos (Boltanski y Chiapello 2002, Lipovetsky 2007).

De este modo, creemos que el estudio del consumo de cirugías estéticas—fenómeno creciente en las sociedades occidentales industrializadas—como una “práctica corporal contextualizada” (Entwistle 2002) brinda una interesante y promisoría aproximación al trazado de una *cartografía emocional* de un sector del espacio social—el ocupado por las capas medias y medias altas. Este trabajo se propone presentar una propuesta teórica preliminar para abordar esta empresa.

Auge y normalización del consumo de cirugías estéticas

La *cirugía plástica estética* designa, tal como la define la Sociedad Internacional de Cirugía Plástica (ISAPS), a “los procedimientos quirúrgicos que representan una combinación de arte y ciencia”¹. Datos de la Sociedad Norteamericana de Cirugía Plástica (ASAPS) dan cuenta de un aumento del 203% en el número de intervenciones de este tipo realizadas en Estados Unidos entre 1997 y 2003. Acertadamente se ha asociado este auge y consecuente “normalización” de las cirugías plásticas estéticas² con la desregulación y comercialización de la medicina en ese país (Brooks 2004).

Aunque en Argentina la presencia de esta especialidad quirúrgica se remonta a la década del '40 del siglo pasado³, sin dudas también puede constatarse un auge concomitante al norteamericano. Dicho proceso es reflejado por la prensa. Según consigna una edición reciente del diario *Crítica de la Argentina*, en los últimos diez años se ha triplicado la cantidad de cirujanos plásticos graduados en la Universidad de Buenos Aires (20/07/08). Por su parte, una nota de la sección de Economía de *La Voz*

¹ Por cierto, la combinación de estos dos cuerpos de saber en un mismo dispositivo de poder, no carece de precedentes modernos. Se ha destacado la influencia que durante el siglo pasado ejerció, en los países latinoamericanos, la biotopología italiana, cuyo creador, Nicola Pende, apeló a los estudios antropométricos del artista del Renacimiento Alberto Durero como fuente para su aspiración de “modelar al hombre perfecto” (Vallejo 2007: 31). Ante estas similitudes, con todo, no resultan menos significativos los contrastes entre ambos complejos de poder/saber. Si los proyectos eugenésicos de ciertos regímenes populistas de la primera mitad del siglo XX respondían a la razón biopolítica de la intención estatal modernizadora, la actual tendencia a modificar la morfología del cuerpo propio funcionaría, antes bien, según la lógica del consumo individualista de las “tecnologías del yo” (Foucault 1990) comercializadas en el mercado de masas.

² La cirugía plástica es una especialidad quirúrgica con dos facetas: una procura restablecer la funcionalidad y normal apariencia de partes corporales afectadas por patologías o traumatismos—cirugía plástica reconstructiva—, la otra busca exclusivamente el embellecimiento—la cirugía plástica estética— (fuente ISAPS:<www.isaps.org>).

³ Véase la página de la Sociedad Argentina de Cirugía Plástica, Estética y Reparadora (SACPER) <www.cirplastica.org.ar>

del Interior—abocada a la “crisis del sector prestador en Córdoba”—destaca que contrariamente a la tendencia general a la descapitalización en el sector de la atención médica, sí se invierte en centros de medicina estética y cirugía plástica—es decir, “el segmento de la salud donde los precios están liberados y se apunta, sobre todo, a la población de ingresos medio altos” (p. 2, 06/07/08). En lo que respecta a la Argentina, no puede desatenderse la conexión de este proceso con lo que se ha denominado el “turismo médico”, consecuencia de los beneficios competitivos que, tras la devaluación, vinieron a sumarse al prestigio del sector a nivel internacional⁴.

Por otro lado, según datos registrados por un informe especial de la revista *The Economist*⁵, la industria global de la belleza corporal activa flujos de 160 mil millones de dólares al año (estos datos corresponden a 2003, pero las previsiones a futuro eran de crecimiento). Dentro de esta industria, una de las áreas más dinámicas es la que se ha conformado a partir del encuentro de productos cosméticos y medicamentos sin prescripción—convergencia para cuya designación se acuñó el neologismo de “*cosmaceuticals*”. En cuanto territorio aledaño a esta línea de innovaciones, son consignadas las cifras estimativas del mercado mundial de las “cirugías cosméticas” (las *cirugías plásticas estéticas*) y actividades relacionadas con lo que ha llegado a denominarse “bienestar total” (tratamientos integrales de belleza, ejercicio y dieta, asistencia a *spas*, clubes y centros especializados): alrededor de 20 mil millones de dólares por año. De esta cifra, aproximadamente 11 mil millones corresponderían al consumo de cirugías plásticas estéticas sólo en Estados Unidos, país ubicado en el primer puesto del ranking mundial de realización de esta clase de procedimientos, confeccionado por la Sociedad Internacional de Cirugía Plástica (ISAPS). Según los últimos sondeos disponibles, en Argentina, por su parte, se realizan alrededor de 50.000 de estas intervenciones al año, número que situaría a nuestro país en el 5º puesto del mencionado ranking.

El filósofo Christian Ferrer ha capturado este paisaje con metonímica penetración: “Flujos de capital se encuentran con flujos libidinales sobre una mesa de disección del cuerpo” (2002: 10).

⁴ Aproximadamente 15.000 es el número de pacientes extranjeros que desde 2004 se calcula han viajado al país para someterse a una intervención estética (“El auge del turismo estético”, *Para Ti*, 30/11/2007, pp. 168-172).

⁵ “The Beauty Business”, 21/5/2003.

El auge de las cirugías estéticas como un efecto conjunto de los campos médico y mediático: una hipótesis

Este auge del consumo de cirugías estéticas no pasó inadvertido para el ensayismo crítico (véase, por ej., además del ya citado Ferrer 2002, Sarlo 2004). En nuestro país, sin embargo, aún no existen estudios empíricos sólidos del fenómeno. Una mirada interesante, procedente del ámbito anglosajón, es la de la socióloga D. Gimlin (2006), quien rescata la “teoría de la estructuración del cuerpo” desarrollada por Chris Shilling (2003). La autora articula este enfoque con ciertas reflexiones fenomenológicas sobre los niveles de conciencia del cuerpo propio; así las cosas, la vivencia de los pacientes de cirugías estéticas entrevistados es interpretada como un “proyecto corporal”, cuya meta sería restituir la experiencia cotidiana del cuerpo a su estatuto de “ausente”, esto es, a un “trasfondo corporal inconsciente” (Gimlin 2006). Creemos que este enfoque, aunque esclarece ciertas dimensiones de la motivación de los agentes para someterse a una cirugía estética, flaquearía por cuanto adolece de las limitaciones de la concepción del poder que subtiende el “modelo estratificado del agente social” de Giddens. Esta flaqueza consistiría en sólo pensar el poder como una cierta competencia para “hacer una diferencia” en el proceso de reproducción de las estructuras del mundo de la vida, lo cual acabaría diluyendo el poder *en tanto dominación* (Costa 1999).

Una autora que sí incorpora el plano del poder como dominación es K. Davis (2002). Ella afirma que para una mirada atenta al hecho de que las cirugías estéticas “no son artefactos de la cultura de consumo neutrales con respecto al género”⁶, resulta evidente que su consumo no es simplemente una cuestión de elección individual. Ahora bien, esta dimensión del poder social (la del *género*) ha de ser complejizada, pensándola en relación con las otras aristas de la capacidad diferenciada y desigualmente distribuida de imponer sentidos legítimos—esto es, la facultad de ejercer “violencia simbólica”; capacidad cuyas características distintivas pueden ser inferidas y explicadas a partir de la posición en el espacio social. Esto implica considerar la “posición social de clase” (*además* de otros elementos pertinentes y complementarios: género, franja de edad, origen étnico, etc.) como principio explicativo de las prácticas socioculturales. Si consideramos, como hipótesis de trabajo, al consumo de cirugías estéticas como una de

⁶ En Argentina, el país de Latinoamérica donde más grande es la proporción de pacientes de cirugías estéticas de sexo masculino, ésta llega al 19% del total. En Córdoba, el número de especialistas en cirugía plástica de sexo femenino no alcanza al diez por ciento (fuente: Consejo de Médicos de la Provincia de Córdoba: <www.cmpc.org.ar>

estas prácticas, cuyo significado puede ser entendido a partir de su relación con el “mundo social representado”—esto es, el “espacio de los estilos de vida”—, podríamos pensarlo según la lógica de las prácticas (corporales) “distintivas”, objetivamente “enclasantes” y “enclasables”⁷, correlacionándola con una reconstrucción sistemática del “habitus” de los agentes que participan de aquel mercado (Bourdieu 1998).

Estudiar el mercado de las cirugías estéticas *en tanto "campo"*, exigiría reconstruir el sistema de relaciones objetivas que se trama dinámicamente entre agentes productores (los cirujanos) y agentes consumidores (quienes deciden contratar los servicios de estos últimos). Aquí resulta relevante atender no sólo al *estado* del campo, sino asimismo a la dimensión histórica del *proceso de formación* del mismo. Un modelo de investigación de un determinado “trabajo corporal” desarrollado según una lógica comercial lo hallamos, sin dudas, en el estudio etnográfico de L. Wäcquant (1999) sobre el mundo del boxeo en Chicago. Bourdieu, por su parte, insiste: una de las metas de la investigación empírica ha de ser identificar las “características eficientes” (el “capital específico” del campo), así como su particular distribución, enfocada tanto sincrónica como diacrónicamente, entre los “participantes del juego” (Bourdieu y Wäcquant 1991). Extraeremos de aquí un principio guía de la observación; procuraremos, pues, atender por un lado a las propiedades que permiten a un cirujano plástico adquirir notoriedad en el mercado, y por el otro a los usos y sentidos sociales que los pacientes asignan a estas intervenciones.

Por lo demás, en esta articulación de una trama de relaciones entre productores y consumidores, es sin dudas fundamental el papel ejercido por los medios de comunicación de masas. También resulta necesario, en efecto, analizar la representación social del “cuerpo legítimo”—y del *cuerpo operado* como firme candidato a dicha legitimidad. Concebimos esta representación como una estructura simbólica determinada, en parte, por la interrelación entre los efectos del campo de las cirugías estéticas—entendido, desde esta perspectiva, como una región especializada del campo médico—y la penetración colonizadora de los medios en el mundo de la vida. En este punto ejerce particular atracción la función indicial del cuerpo en tanto signo del espectro más o menos estereotipado de los *estilos de vida exitosos*. Esto importa abordar la representación del cuerpo en la cultura de consumo, o más específicamente, *la oferta*

⁷ Según un informe especial del diario *Clarín*, un “retoque de pies a cabeza cuesta alrededor de 40 mil pesos” (los precios corresponden a 2006, véase “¿Cuánto cuesta sentirse lindo?”, 14/05/06).

mediática de técnicas de transformación corporal, como un vehículo, literalmente *encarnizado*, de "violencia simbólica".

El cuerpo en la cultura de consumo y en la sociedad posfordista

Por su puesto, el fenómeno en cuestión también admite—y precisa—ser enmarcado por ciertos procesos económicos y culturales centrales en la sociedad contemporánea. Los autores catalanes Duch y Mèlich (2005: 259), en este sentido, evalúan que la “configuración posmoderna del cuerpo” admite ser interpretada como un “síntoma” de los cambios radicales de orientación social que estarían aconteciendo en Occidente desde hace 30 ó 40 años. No sorprende que en semejante contexto sociohistórico, *la cuestión del cuerpo* (tanto individual como colectivo) tienda a deslizarse hacia el centro de problemas dominantes en el plano personal e institucional⁸. En lo que respecta a las nuevas formas de organización productiva, P. Virno (2003) ha elaborado, en diálogo polémico con otros autores marxistas⁹, la noción de “trabajo inmaterial” como uno de los ejes de sus reflexiones en torno al dispositivo biopolítico dominante en el posfordismo. El “principio de acumulación ilimitada” de este régimen productivo precisa de un dispositivo que haga posible la instrumentalización de los seres humanos “en aquello que los hace más humanos” (Boltanski y Chiapello 2002: 151)¹⁰. Este modo “flexible” de producción, se basa en la explotación de las competencias comunicativas; en uno de los extremos de la división del trabajo, esta situación se presenta bajo la forma de “liderazgo”, en el otro, como la constante exacción de signos de performatividad social del ejército de cuerpos intercambiables destinado a precarizados empleos de presentación/representación¹¹.

⁸ Un ejemplo de esta clase de problemas, de orden sociodemográfico, sería el envejecimiento de las poblaciones, lo cual también se vincula con la emergencia de una nueva concepción del curso vital. Turner (1996) condensa la situación al sostener que habitamos una “sociedad somática”. Otros factores explicativos de este desplazamiento de la *cuestión del cuerpo* al centro de los debates públicos contemporáneos—una manifestación tanto más notoria en las sociedades centrales—radican en la acción de los movimientos sociales agrupados en torno a reivindicaciones de género y en los dilemas bioéticos planteados por el desarrollo biotecnológico (Heller y Fehér 1995; Habermas 2002).

⁹ Véase, por ejemplo, M. Hardt y T. Negri (2001).

¹⁰ Esta consumación de la total “mercantilización del cuerpo” ha justificado que, desde otra perspectiva marxista, se hable de “biocapitalismo” o “somatocracia” (Haber y Renault 2007).

¹¹ La estructura del sector servicios se caracteriza por una mayor proporción de de trabajadores en el final de la escala salarial (Castellano Ortega Y Pedreño Cánovas 2006).

Ahora bien, en cualquiera de los estratos de la jerarquía laboral, las competencias que se exigen a los cuerpos son las que Mike Featherstone—en un seminal ensayo sobre el lugar del cuerpo en la cultura de consumo (1991[orig. 1982])—definió como características del “*performing self*”. Este es el contexto, por lo demás, en que el “manejo de impresiones” (Goffman 2001) se habría convertido, según conjeturamos, en una estrategia de ascenso social por derecho propio. El “régimen figural de significación”, hegemónico en el posmodernismo (Lash cit. en Featherstone 1998), inviste la representación visual del cuerpo—no la de cualquier cuerpo, desde luego, sino la del cuerpo *joven y liso, esbelto y activo*. Esta catexis del “cuerpo triunfante de la modernidad” (Le Breton 1995) respondería, pues, a condiciones estructurales, relacionadas con la organización social y productiva.

En la “sociedad de consumidores”, en efecto, *el deseo* se convierte en principio de integración social y reproducción sistémica (Bauman 2007)¹². Una cultura cuya faceta más notoria estriba en sobrellevar un corrosivo proceso de “individualización” (Bauman 2002)¹³, explicaría el importante papel, destacado desde distintas perspectivas, que en esta problemática desempeñan las nociones de *narcisismo* y *hedonismo*. En este contexto se entiende que las “disciplinas” de Foucault (1976)¹⁴ demanden ser repensadas como dispositivos de control corporal que operarían, ya no por represión, sino por estimulación y seducción.

En contraposición al ascetismo corporal y la autorrenuncia que imponían los regímenes de cuidado de sí en épocas anteriores, actualmente éstos apuntarían a maximizar el potencial de goce del cuerpo. “El cuerpo trabajador—afirma Turner—se ha convertido en el cuerpo deseante” (1996: 2).

La “medicalización de la vida y el consumo”

Así las cosas, otra hipótesis de trabajo que contemplamos es que el ya mencionado fenómeno del “turismo médico” nos remitiría a dos de las consecuencias que Giddens

¹² La sociología del cuerpo y la del consumo, convergen, además, en un interés teórico por superar respectivas concepciones reduccionistas, deterministas y/o desencarnadas del agente de las prácticas (Falk 1994; Alonso 2005). Las diversas imágenes *desencarnadas* del actor social son, por cierto, un efecto del trasfondo cartesiano de ciertas corrientes de la teoría sociológica clásica y contemporánea (Turner 1996).

¹³ En un trabajo anterior hemos contrastado los rasgos distintivos de esta acrecentada visibilidad del cuerpo en la cultura de consumo individualista, con los también expansivos regímenes de figuración corporal en ciertos contextos semióticos premodernos y populares (Córdoba 2008a).

¹⁴ Véase también Deleuze (1991).

(1999) atribuye a la modernidad: el “desanclaje espacio-temporal” y la penetración de “sistemas expertos” en la vida cotidiana. En sociedades en las que el “proyecto reflejo del yo” (Giddens 1995) se ha convertido en el “proyecto del cuerpo” (Shilling 2003), el cuerpo en tanto “dato material primordial” de la identidad, se ha transformado en un territorio maleable sólo accesible a especialistas (Scribano 2002: 50). En este contexto, el tema del *bienestar* y de la *salud* se presenta como un argumento de venta decisivo, en tanto que alcanzar estos *valores* se condiciona a la “recepción profana del conocimiento experto” (Giddens 1999: 119) ¹⁵. Algunos autores llegan a hablar de “una época de la medicalización de la vida y el consumo” (Lipovetsky 2007), y de una “sociedad terapéutica” en la que un “dispositivo de salubridad social” opera poderosamente como mecanismo de subjetivación (Abraham 2000).

En consonancia con su tesis del proceso de “personalización”, Lipovetsky (2007) sostiene que la proliferación de información y conocimientos “mediático-científicos” concede al consumidor la oportunidad de realizar una elección más reflexiva. Por nuestra parte, creemos que la difusión de las innovaciones en cirugía estética por parte de los medios opera conforme a ciertas estrategias discursivas responsables, antes bien, *de una restricción de la reflexividad de los consumidores*. Como ya hemos señalado, sostenemos que el auge—y consecuente normalización—del consumo de cirugías estéticas no puede comprenderse sino en el contexto de su creciente mediatización. Ahora bien, según hemos podido constatar respecto de un sector de la prensa gráfica (Córdoba 2008b), aunque de un lado esta representación se despliega en el *registro reflexivo* de la información y el conocimiento experto, ella es articulada en el marco de regímenes semióticos “figurales”, cuyos significados icónicos producirían efectos en el *plano de la seducción*.

La resonancia del conocimiento médico en la discursividad mediática da cuenta, por tanto, de una notoria tendencia en el imaginario social a concebir el cuerpo como un objeto sobre el que es lícito—y deseable—intervenir técnicamente. Esta resonancia, además, es facilitada por ciertos presupuestos compartidos. En la cultura de consumo, el cuerpo ha sido generalmente representado en términos de una posesión del *self*, instrumentalizable a voluntad (Featherstone 1991); la ciencia médica, por su parte,

¹⁵ En lo que respecta al “conocimiento experto” mediatizado, hemos desarrollado análisis preliminares que nos permitieron comprobar la eficacia de la semiótica para dar cuenta de ciertos mecanismos de producción de discursos normativos legitimados por el saber médico. Aplicando conceptos greimasianos pusimos de relieve, en un caso de la prensa gráfica, la función modalizadora que la voz de los cirujanos plásticos asume en la discursivización de un “programa narrativo” por cuya activación cierto sujeto emprendería la búsqueda de un “simulacro” de cuerpo ideal (Córdoba 2007).

merced a los efectos desacralizadores y objetivantes de la “mirada clínica” moderna, ha dado lugar a una concepción del cuerpo como un mecanismo a ser reparado independientemente del sujeto (Le Breton 1995). El progreso de la técnica quirúrgica, y de las biotecnologías en general, suministrarían, pues, las bases objetivas para hacer verosímil la representación del cuerpo como una materia prima absolutamente maleable. Como demuestran Featherstone y Hepworth (1991), esto puede traducirse en una presión para que la dualidad entre cuerpo exterior e interioridad se viva como una frustrante incongruencia; en este contexto, las marcas del envejecimiento corporal llegan a ser experimentadas como una “máscara” cuyo semblante distorsiona el sentido y experiencia del *self*. La posibilidad de subsanar esta inadecuación, merced a la panoplia de recursos de modificación corporal ofrecidos en el mercado, alienta la aproximación imaginaria del propio cuerpo al estatus de atavío exterior—de prenda de vestir (“*garment*”)—, dada su plasticidad para expresar las siempre cambiantes configuraciones del *self* (Featherstone 1999).

El imaginario “fáustico” de la plasticidad absoluta del cuerpo

Ahora bien, esta espectacularización de las innovaciones de la ciencia y la tecnología médicas, nos sugieren su adscripción a un nuevo paradigma tecnocientífico. La antropóloga P. Sibilia (2005) argumenta el advenimiento de un paradigma “fáustico”, cuya principal diferencia con respecto a su predecesor “prometéico”, radicaría en su vocación “infinitista”, transgresora de cualquier límite hasta entonces sagrado. Y como una ilustración de su tesis, la autora menciona los casos de la francesa Orlan¹⁶ y de la norteamericana Cindy Jackson¹⁷. Ahora bien, según C. Shilling (2003), estos procesos nos enfrentan a un resultado aparentemente paradójico: en la medida en que acumulamos medios técnicos para manipular el cuerpo, menos claro tenemos su estatuto ontológico. Cuanto más conocemos sobre el cuerpo y sus mecanismos internos, tanto más lejana parece una respuesta plena a la cuestión de *qué es* el cuerpo humano. Esta desarticulación de los sentidos sobre el ser del cuerpo obedecerían a la relativización de su facticidad; el cuerpo biológico, en efecto, ha dejado de concebirse como algo dado

¹⁶ Artista de performances en las cuales filma sus propias intervenciones quirúrgicas, cuyos resultados buscarían poner en cuestión los modelos dominantes de feminidad.

¹⁷ Autora convertida en *bestseller* tras relatar sus múltiples experiencias con la cirugía estética, lo cual la convirtió en una suerte de *gurú* de la cosmética femenina.

naturalmente. Si concedemos validez a la hipótesis de la tecnociencia “fáustica”, nos sentiremos entonces inclinados a acordar con el siguiente juicio del escritor Günther Anders, comentado por Bauman (2007: 86-87): “‘el cuerpo desnudo’, ese objeto que acordamos no exhibir en público por el decoro y la dignidad de sus ‘propietarios’, en la actualidad no refiere... ‘al cuerpo sin ropa, sino al cuerpo que no ha sido trabajado’, o sea, un cuerpo no suficientemente ‘reificado’”. El cuerpo propio, en tanto materialidad instrumentalizable y modificable a voluntad, habría caído, así, presa de “las tiranías del *upgrade*” (Sibilia 2005).

Por cierto, las modificaciones corporales constituyeron una costumbre ancestral ya en sociedades premodernas y comunidades primitivas. En estos casos, sin embargo, eran prácticas enmarcadas en contextos ritualizados y sancionadas por la tradición. En tanto que en nuestros días se trata más bien de acciones reguladas por las volátiles prescripciones de la moda. Asimismo, si bien los regímenes corporales de la Edad Media presentaban un nivel de preocupación por la carne análogo al de los actuales regímenes dietéticos, en aquél caso obedecían a la autoridad religiosa y apuntaban a restringir el deseo, mientras que en éste reciben su legitimidad del saber médico y buscan promover y conservar el deseo sensual (Turner, 1991). Otros antecedentes históricos de este afán por (y creencia en la superioridad de) la construcción artificial de la subjetividad pueden ubicarse en la figura del hombre renacentista (arquetípicamente encarnado por Pico Della Mirandola), o del *dandy* del siglo XIX (cuya manifestación más representativa es la celebración de la belleza artificial, en detrimento de la natural, por Baudelaire).

Estas figuras, no obstante, contrastan fundamentalmente con la del actual proyecto del yo(-cuerpo) intervenido quirúrgicamente. Los contrastes más significativos han de rastrearse en la naturaleza *pedagógica* del proyecto renacentista; y en cuanto al *dandy*, si bien entrañaba una empresa *esteticista* y “aristocratizante”, al mismo tiempo no dejaba de ejecutar cierto gesto de resistencia a los poderes y modos de vida establecidos—recordar los comentarios de Foucault sobre la intención del *dandy* de hacer de su vida una obra de arte. Por su parte, la actual “obsesión por la manipulación de identidades” (Bauman 2007) obedece a determinaciones *técnicas*, por un lado, y *mercantiles*, por otro—en un contexto signado por un proceso de “indiferenciación de

campos” a raíz del cual la economía ha llegado a superponerse a la cultura (Jameson 2002)¹⁸.

Perspectivas: del cuerpo representado al cuerpo vivido

Hablar del cuerpo es hablar de una entidad ambivalente. La fenomenología ha establecido la dicotomía entre *ser* cuerpo, el cuerpo “vivido”, subjetivo (*Leib*), y *tener* cuerpo, el cuerpo “instrumental”, objetivo (*Körper*). Según Habermas (2002), esta distinción, constitutiva de la experiencia subjetiva moderna, peligraría ante la amenaza de un uso inapropiado de algunos desarrollos biotecnológicos. Nuestros intereses, por su parte, se orientan a los efectos del auge y normalización de un tipo de intervenciones quirúrgicas cuyo único fin es el embellecimiento. Hemos relacionado este proceso con la mediatización y medicalización de nuestras sociedades.

Ahora bien, esa mediatización masiva de las normas que definen el cuerpo legítimo—y de los medios técnicos disponibles para alcanzarlo—no produce, desde luego, los mismos efectos a través de todo el espacio social. Sugerimos, pues, introducir la ya mencionada distinción fenomenológica entre “cuerpo objeto” y “cuerpo vivido”, en el espacio analítico trazado por las categorías del proceso de la “semiosis social” (Verón 2004b). Podremos entonces decir que, en *producción*, los medios objetivizan una determinada representación del cuerpo deseable (un “cuerpo objeto”), cuyos efectos, en *recepción*, se manifestarán, de modo inmediato, en experiencias corporales—que eventualmente podrán ser mediadas por el propio discurso de los agentes—; experiencias que asimismo cristalizarán “estilos de ser” corporales (el “cuerpo vivido”). Estos “estilos”, por cierto, variarán con arreglo a factores como la edad, el género¹⁹, y al horizonte de posibilidades abierto por el volumen y la estructura del capital. Creemos que a través de la noción de “habitus”—como “historia social hecha cuerpo” (Bourdieu 2007)—estos modos de ser corporales serían iluminados por un análisis en términos de “comunidades expresivas”(Jansson 2002).

¹⁸ Aquí está implícita la hipótesis, avalada por el propio Bauman (2007), de que las modificaciones en la conformación corporal del sujeto obedecerían a la lógica temporal fragmentaria y de renovación constante de la moda.

¹⁹ Aunque en este trabajo nos hemos abocado a la representación de la cirugía plástica en la prensa femenina, no pretendemos desatender en el futuro el estudio de los efectos que aquélla produce en el público masculino.

De aquí que para estudiar el consumo de cirugías estéticas en tanto “práctica corporal contextualizada” (Entwistle 2002), cuyos sentidos variarán con en función de las comunidades interpretativas en que se realicen, deberíamos emplear técnicas adecuadas al relevo de datos discursivos en reconocimiento. Entre estas técnicas, Verón (2004a) destaca la observación etnográfica. Pensar en los términos de práctica situada, permite superar lo que Csordas (1994) denomina el “paradigma del texto”, característico del modo en que el postestructuralismo ha abordado la cuestión del cuerpo²⁰. En términos compatibles, se ha sugerido que el concepto de “habitus” representaría una “profundización sociológica” del modo en que Foucault presenta la constitución del sujeto por el poder, así como el añadido de una “dimensión social” a la descripción fenomenológica de la corporeidad de Merleau-Ponty (Couzens Hoy 1999, véase también Narváez 2002). Una mirada transdisciplinaria, atenta a la complejidad del objeto en cuestión, permitiría abordar los condicionantes socioculturales que constriñen y sujetan a los cuerpos, sin olvidarnos de lo que éstos siempre están en condiciones de hacer (Crossley 1995)²¹.

En este sentido, consideramos productivo también enfocar la observación sobre las emociones, particularmente si las entendemos, con Elias (1991), como “bisagra” entre lo social y lo biológico, y como elemento que nos permite ir más allá de una teoría social racionalista e, irónicamente, individualista (Lyon y Barbalet 1994: 54). Transitar esta frontera, cada vez más difícil de establecer con precisión, entre naturaleza y cultura²², nos invita a seguir indagando un problema señalado por Marcel Mauss en su estudio pionero de 1934 sobre las “técnicas del cuerpo”.

Referencias bibliográficas.

ABRAHAM, Tomás (2000): *La empresa de vivir*, Buenos Aires, Sudamericana.

ALONSO, Luís Enrique (2005): *La era del consumo*, Madrid, Siglo XXI.

²⁰ Paradigma entre cuyos exponentes destacados se puede mencionar la teoría de la “performatividad” del género de J. Butler (2002), quien concibe a los cuerpos sexuados como producto de la interpelación de discursos “heteronormativos”.

²¹ En el marco de una renombrada evaluación del estado de la sociología del cuerpo, A. W. Frank (1991) propone una “tipología de los usos sociales del cuerpo”, para cuya concreción plantea tres áreas entrelazadas de investigación: “corporeidad”—en tanto experiencia subjetiva del cuerpo—, “discursos” e “instituciones”.

²² Esta frontera, como recuerda Margot L. Lyon (1997), plantea un problema crucial para el estudio de la salud y la enfermedad.

BAUDRILLARD, Jean (2002): “El éxtasis de la comunicación”, en Hal Foster (ed.), *La posmodernidad*, pp. 187-197, Barcelona, Kairós.

BAUMAN, Zygmunt (2002): *La modernidad Líquida*, Buenos Aires, F.C.E.

----- (2007): *Vida de consumo*, Buenos Aires, F.C.E.

BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.

BOURDIEU Pierre (1998): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.

----- (2007): *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.

BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc (1991): *Respuestas para una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.

BAUDRILLARD, Jean (2002): “El éxtasis de la comunicación”, en Hal Foster (ed.), *La posmodernidad*, Barcelona, Kairós.

BROOKS, Abigail (2004): ““Under the Knife and Proud of It: An Analysis of the Normalization of Cosmetic Surgery”, en *Critical Sociology*, vol. 30, 2, SAGE.

BUTLER, Judith (2002): *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Buenos Aires, Paidós.

CASTELLANOS ORTEGA, Mari Luz y PEDREÑO CANOVAS, Andrés (2006): *Los nuevos braceros el ocio: sonrisas, cuerpos flexibles e identidad de empresa en el sector turístico*, Madrid, Miño Dávila.

CÓRDOBA, Marcelo (2007): “El Sentido de las Cirugías Plásticas. Análisis semiótico de un ‘Informe Especial’ de *Para Ti*”, en CD de las XI Jornadas de Investigadores en Comunicación, Mendoza.

----- (2008a): “De lo grotesco a lo quirúrgico. La cuestión del cuerpo en Bajtín y algunas de sus proyecciones en la cultura contemporánea”, artículo publicado en *Revista Afuera. Estudios de crítica cultural*, nº IV, <www.revistaafuera.com>.

----- (2008b): “Entre información y seducción: la representación de las cirugías estéticas en los medios masivos”, ponencia presentada en las XII Jornadas de Investigadores en Comunicación, Rosario.

COSTA, Ricardo (1999): “El agente social en la teoría de la estructuración de A. Giddens”, en *Estudios*, Córdoba, CEA.

COUZENS HOY, David (1999): “Critical resistance: Foucault and Bourdieu”, en Gail Weiss y Honi Fern Haber (eds.), *Perspectives on embodiment. The intersections of Nature and Culture*, pp. 3-21, Nueva York, Routledge.

- CROSSLEY, Nick (1995): "Merleau-Ponty, the Elusive Body and Carnal Sociology", en *Body & Society*, Vol.1, No. 1, pp. 43-63, SAGE.
- CSORDAS, Thomas (1994): "Introduction: the body as representation and being-in-the-world", en Thomas Csordas (ed.), *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*, pp.1-24, Nueva York, Cambridge University Press.
- DAVIS, Kathy (2002): "'A Dubious Equality': Men, Women and Cosmetic Surgery", en *Body & Society*, vol. 8, 1, SAGE.
- DELEUZE, Gilles (1991): "Posdata sobre las sociedades de control", en Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario*, Tº 2, Montevideo, Nordan.
- DUCH y MELICH (2005): *Escenarios de la corporeidad*, Barcelona, Trotta.
- ENTWISTLE, Joanne (2002): *El cuerpo y la moda*, Barcelona, Paidós.
- ELIAS, Norbert (1991): "On Human Beings and their Emotions: a Process-Sociological Essay", en Mike Featherstone, Mike Hepworth y Brian Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, pp. 103-125, Londres, SAGE.
- FALK, Pasi (1994): *The consuming body*, Londres, SAGE.
- FEATHERSTONE, Mike (1991): "The Body in Consumer Culture", en Mike Featherstone, Mike Hepworth y Brian Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, pp. 170-196, Londres, SAGE.
- (1998): "Postmodernism and the aestheticization of everyday life", en Scott Lash y Jonathan Friedman (eds.), *Modernity & Identity*, pp. 265-290, Oxford, Blackwell.
- (1999): "Body Modification: An Introduction", en *Body & Society*, Vol. 5 (2-3), pp. 1-13, SAGE.
- FEATHERSTONE, Mike y HEPWORTH, Mike (1991): "The Mask of Ageing and the Postmodern Life Course", en Mike Featherstone, Mike Hepworth y Brian Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, pp. 371-389, Londres, SAGE.
- FOUCAULT, Michel (1976): *Vigilar y Castigar*, México, Siglo XXI.
- (1990): *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.
- FRANK, Arthur W. (1991): "For a Sociology of the Body: an Analytical Review", en Mike Featherstone, Mike Hepworth y Brian Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, pp. 36-102, Londres, SAGE.
- GIDDENS, Anthony (1995): *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península.
- (1999): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

- GIMLIN, Debra (2006): "The Absent Body Project: Cosmetic Surgery as a response to Bodily Dys-appearance", en *Sociology*, vol. 40, 4, SAGE.
- GOFFMAN, Erving (2001): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- HABER, Stéphane y RENAULT, Emmanuel (2007): "¿Un análisis marxista de los cuerpos?", en Jean-Marc Lachaud y Olivier Neveux (dir.), *Cuerpos dominados, cuerpos en ruptura*, pp. 9-26, Buenos Aires, Nueva Visión.
- HABERMAS, Jürgen (2002): *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, Barcelona, Paidós.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2001): *Empire*, Harvard University Press.
- HELLER, Ágnes y FEHÉR, Ferenc (1995): *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*, Barcelona, Península.
- JAMESON, Fredric (1995): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Buenos Aires, Paidós.
- (2002): *El giro cultural*, Buenos Aires, Manantial.
- JANSSON, Andre (2002): "The mediatization of consumption: towards an analytical framework of image culture", en *Journal of Consumer Culture*, Vol. 2(1), pp. 5-31, SAGE.
- LE BRETON, David (1995): *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LIPOVETSKY, Gilles (2007): *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama.
- LYON, Margot L. (1997): "The Material Body, Social Process and Emotion: 'Techniques of the Body' Revisited", en *Body & Society*, Vol. 3 (1), pp. 83-101, SAGE.
- LYON, L. M. Y BARBALET, J. M. (1994): "Society's Body: emotion and 'somatization' of social theory", en Thomas Csordas (ed.), *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self*, pp. 48-66, Nueva York, Cambridge University Press.
- NARVAEZ, Rafael F. (2006): "Embodiment, Collective Memory and Time", en *Body & Society*, Vol. 12(3), pp. 51-76, SAGE.
- SARLO, Beatriz (2004): *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires, Seix Barral.

SCRIBANO, Adrián (2002): “Brujos o especialistas? De gurúes, sociedad y conocimiento, en *De Gurúes, Profeta e Ingenieros. Ensayos de Sociología y Filosofía*, pp. 47-52, Córdoba, Copiar.

SHILLING, Chris (1991): “Educating the Body: Physical Capital and the Production of Social Inequalities”, en *Sociology*, Vol. 25 (4), pp. 653-672, SAGE.

----- (2003): *The Body and Social Theory*, Londres, SAGE.

SIBILIA, Paula (2005): *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Buenos Aires, F.C.E.

TURNER, Bryan S. (1991): “The Discourse of Diet”, en Mike Featherstone, Mike Hepworth y Brian Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory*, pp. 157-169, Londres, SAGE.

----- (1996): *The Body & Society*, Londres, SAGE.

----- (1999): “The Possibility of Primitiveness: Towards a Sociology of Body Marks in Cool Societies”, en *Body & Society*, Vol. 5 (2-3), pp. 39-50, SAGE.

TRAVERSA, Oscar (1997): *Cuerpos de papel*, Barcelona, Gedisa.

VALLEJO, Gustavo (2007): “Cuerpo y representación: la imagen del hombre en la eugenesia latina”, en Gustavo Vallejo y Marisa Miranda (comps.), *Políticas del cuerpo*, pp. 23-58, Buenos Aires, Siglo XXI.

VERÓN, Eliseo (2004): *Fragmentos de un tejido*, Buenos Aires, Gedisa.

----- (2004b): *La semiosis social*, Buenos Aires, Gedisa.

VIRNO, Paolo (2003): *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Colihue.

WACQUANT, Loïc (1999): “Un arma sagrada. Los boxeadores profesionales: capital corporal y trabajo corporal”, en Javier Auyero (comp.), *Caja de Herramientas*, pp. 237-292, UNQ.